

Entonces la reina tendió los brazos y gritó: — « ¡ Oh Arturo ! » pero aquí la voz le faltó de pronto , y luego — como el torrente que saltando de un peñasco se quiebra y se desvanece , en el aire , pero que reuniéndose en el suelo se rehace y desciende á borbollones á través del valle — prosiguió con gran vehemencia :

*
* *

— « ¡ Se ha ido ! ¡ se ha ido mi señor ! ¡ Se ha ido por mi culpa , á matar y ser muerto ! Y él me perdonó y yo no podía hablar. ¿ Adiós , me dijo ? Yo debía haber respondido á su adiós. Su clemencia me ahogaba. ¡ Se ha ido el rey mi señor , mi dueño , mi fiel esposo ! ¿ Pero cómo me atrevo á llamarle mío ? La sombra de otro hombre se adhiere á mí y me contamina : él , el rey , me ha llamado contaminada. ¿ Me mataré ? ¿ Y qué se remedia con eso ? No puedo matar mi pecado , si el alma es alma ; ni puedo matar mi deshonra , no ; ni viviendo puedo borrarla. Los días formarán semanas , las semanas meses , los meses se juntarán y harán años , los años rodarán formando siglos , y mi nombre será siempre un nombre de oprobio. — No debo pensar en la ruina de mi honra. Eso es cosa del mundo , y del mundo para nada quiero ocuparme. ¿ Y fuera de él qué queda ? ¿ Qué esperanza ? Creo que había una esperanza , si es que no se mofaba de mí cuando hablaba de ello. Su esperanza la llamaba él ; pero Arturo nunca se mofa , pues la mofa es

el humo de la cólera de corazones pequeños. Y bendito sea el rey que ha perdonado mi maldad para con él, y me ha dejado esperar que en mi corazón puedo borrar el pecado, y ser su compañera en la otra vida, en los cielos, delante del alto Dios. ¡ Ah grande y benigno señor, que fuiste para tus caballeros como la conciencia de un santo en lucha con los sentidos! Mi voluptuosidad y mi engañosa presunción, que demasiado fácilmente recibía todas las impresiones de abajo, no me dejaron reconocer tu superioridad, la suprema alteza de tu alma. Yo casi desdeñaba la altura á la cual no quería ó no podía subir; pensaba que no podría respirar en aquel aire tan puro, que aquella viva luz me cegaría; necesitaba calor y color, los cuales encontré en Lanzarote. Pero ahora te veo tal cual eres ¡ oh Arturo!; tú eres el más grande y también el más humano de los hombres: no Lanzarote ni otro alguno. — ¿ No hay ninguno que diga al rey que le amo aunque tan tarde? ¿ No hay alguien que se lo diga ahora, ántes de que vaya á la gran batalla? — ¡ Ninguno! ¡ Ninguno! Yo misma tengo que decírselo en aquella vida más pura que hay después de la tumba; pero ahora sería demasiado atrevimiento. ¡ Ay Dios mío! ¿ Qué no podía yo haber hecho de tu hermoso mundo, con solo haber amado á la más noble de tus criaturas? Era mi deber amar el más noble, el más grande, al mejor: seguramente era también lo que me convenía, y lo que hubiera hecho mi felicidad. Debemos siempre amar lo mejor: no á Lanzarote ni á otro alguno. »



*
*
*

Al llegar aquí, la reina, sintiendo que alguien tomaba su mano, calló, y bajando los ojos vió á la novicia que llorando le pedía perdón, y le dijo: — « Si, doncellita; te perdono. ¿ No he sido también yo perdonada? » Luégo alzando los ojos vió á las santas monjas en torno suyo, llorando, y su oprimido corazón se en-

sanchó, y lloró con ellas, y dijo...

*
*
*

— « ¡ Ya me conocéis pues! Ya conocéis á la perversa que malogró el vasto designio, la noble empresa del rey. ¡ Oh, permitidme morar aquí, amables doncellas! para que los espesos muros del convento no dejen llegar á mis oídos las voces que gritan ¡ vergüenza! — Pero no debo

hacer escarnio de mí misma: él me ama todavía. Él me ama todavía: se engaña quien otra cosa imagine. Así pues, si es que no os causo horror, si no os avergonzáis de llamarme hermana, permitidme vivir con vosotras; vestir de negro y blanco, y ser monja con vosotras; ayunar cuando ayunéis, pero no tomar parte en vuestros festines; entristecerme con vuestros dolores, y, sin apesadumbrarme con vuestras alegrías, no tomar tampoco parte en ellas; mezclarme en vuestros ritos; orar por vosotras, para que vosotras oréis por mí; yacer delante de vuestros relicarios; ocuparme en las más humildes faenas de vuestra santa casa; pasear en vuestro oscuro claustro, y distribuir limosnas entre los pobres enfermos, más ricos y más sanos que yo á los ojos de Aquél que murió por redimirnos; y curar sus repugnantes llagas y la mía propia; y de ese modo con obras de caridad y con oraciones borrar el negro fin de aquel voluptuoso día que ocasionó la ruína de mi señor el rey. »

* * *

Dijo: las monjas la admitieron en la comunidad, y Ginebra, fluctuando entre el temor y la esperanza, y preguntándose á menudo: — «¿Será demasiado tarde?» moró con ellas, hasta que, andando el tiempo, murió la abadesa; y entónces, ella, por sus buenas obras, y por sus ejemplares virtudes y por su aptitud para el gobierno, así como también por el altísimo puesto que en el mundo

había ocupado, fué elegida para reemplazarla. Allí vivió como abadesa tres años escasos, y luégo voló á aquella región bendita donde lejos del rumor del mundo, se encuentra la paz.

